

VENGANZA CONTRA EL RENCOR

◀ CARLOS ALEJANDRO PONZIO DE LEÓN*
carlosaponzio@yahoo.com

El presidente del país se recargó sobre el sillón en el que estaba sentado y, tras la ventana, observa al improvisado jardinero que podaba un árbol: un soldado del Estado Mayor. Caían los pequeños troncos chuecos sobre el pasto, provocando un leve crujido que alcanzaba a escucharse adentro de la residencia de Los Pinos. Una casa presidencial que treinta y dos años atrás, en 1968, aún no existía y en la que nadie podía imaginar que, en ella, según se rumoraba ya en el año 2000, habían ocurrido asesinatos, personalmente perpetrados por algún ex presidente.

Ernesto se levantó del sillón y fue a alcanzar una botella de coñac que llevaba allí, sobre uno de los libreros, seis años sin abrir. Colocó un par de onzas en un vaso y tomó un pequeño sorbo. Al día siguiente entregaría el poder a la oposición de derecha, en un cambio de mandos que resultaría más fingido que realmente ganado, y que no le serviría de mucho a su país, excepto como antesala para lo que ocurriría dos sexenios más tarde, cuando el hartazgo del pueblo llevaría a la elección de una alternativa diferente: la izquierda.

El presidente volvió a acomodarse en su sillón tapizado en piel, color verde olivo, y comenzó a hacer un recuento de sus últimos treinta años de vida, desde el momento en que fue golpeado durante el movimiento estudiantil de 1968, del que daría cuenta la fotografía publicada por *El Universal* en la que aparecía acosado por policías... y entonces, pensó en los periódicos, siempre en complot y aliados con el gobierno, incluso con el suyo propio, los que treinta años atrás, en su momento, habían calificado de terroristas a los estudiantes.

* Doctor en Economía por la Universidad de Harvard. Ha publicado un gran número de relatos en el periódico regiomontano *El Porvenir*. Es autor de diversos proyectos que combinan texto, imagen y sonido.

También pensó en su madre, ya fallecida, y en su primer trabajo en un banco del ejército, y en su carrera como economista, alineado, absorto y silenciado por el poder, al que aspiró durante tres décadas; y desde donde ahora –finalmente– ejecutará su venganza: entregando el poder político a la oposición. Y recordó a Raúl, su amigo acribillado en 1971 en el parque México, en el entonces Distrito Federal.

Fue un día en el que no había familias paseando, sino un lunes, un día laboral, en el que cuatro miembros del escuadrón presidencial perseguían al estudiante de la carrera de Derecho. Uno de los militares salió del camino para interceptarlo más adelante. Raúl se agotó en su esfuerzo por huir, hasta que no pudo más. Detuvo el paso e intentó sacar de su chamarra una pistola escuadra. Pero antes, recibió quince tiros en el pecho. Cayó muerto cual estrépito de ráfaga de granizo sobre las olas del mar.

Tres años antes, Raúl había logrado salvar su vida en la Plaza de las Tres Culturas, luego de vivir la emboscada en la que los jóvenes fueron asesinados por el ejército. Y ahora, en el año 2000, el presidente de la República a punto de terminar su mandato lo recordaba y pensaba: ¡qué tanta utilidad tiene el ejército para la nación! Trató de recordar alguna guerra en la que el país hubiese ganado contra una nación extranjera, y pensó en aquellas que se sienten orgullosas y no avergonzadas de sus propios ejércitos.

El presidente bebió otro trago de su coñac y luego colocó el vaso en la mesa de vidrio frente a su sillón. A los 49 años podía ver desde otra perspectiva las revueltas estudiantiles del 68: Londres, Londonderry, Chicago, París, Berlín, Roma, Tokio y la

Ciudad de México. La guerra de Vietnam, los Beatles, la ofensiva del Tet, Cuba, Woodstock y Avándaro. El infantil temor de Occidente, ante la ofensiva del comunismo.

El enigma de la soledad frente al mundo. La voz de una soprano cantando en alemán. Las verdes praderas colgando sobre las paredes. Y otra vez: el fantasma del comunismo que impacta a los líderes de derecha –tal como una película de el Santo contra las estatuas de



cera afecta al pueblo—: la subcultura atómica. El *happening* y el *performance*. La entrega del poder. La serpiente escapa. El águila bebe tequila. El águila, borracha, asesina a trescientos veinticinco estudiantes en una sola tarde. La utilidad del fracaso. El ritmo ametrallado de la tarde.

Ernesto recuerda a la hermana de Raúl, Estelita, como la encontró años después de que su hermano fuera acribillado. Ella le contó del sueño que tuvo una noche anterior: pesadillas que la dominan y por las que no duerme bien. “Un sueño”, le dice la joven, “que cada vez es más recurrente en mí. Hay un niño trepado sobre una de las ramas más altas de un gran árbol y me avisa de los miles de niños que hay en el país con hambre y con frío. Yo quiero ayudarlo a bajar, pero él sólo sonríe, se pasa a otra rama y no desciende. Así, cada día, cuando despierto y he tenido tal sueño, me entra una gran angustia por todos los niños, hombres y mujeres de México que viven en pobreza y desamparo total; son por los que mi hermano luchaba para crear un mundo mejor. Fue muy ingenuo, y creo que yo también lo soy”.

El presidente vuelve a tomar su vaso y se encamina, de nueva cuenta, al librero, para servirse otro par de onzas de coñac. Entre los libros, los versos de Jaime Sabines sobre la noche de Tlatelolco. El águila envenenada acribilla estudiantes. Guitarras eléctricas distorsionadas desde el edificio Chihuahua. Nombre y nombres que se olvidan, que se borran y finalmente desaparecen. Habrá que culpar al pueblo. Al ácido y a las putas y a las pistolas escuadras. A la metralla que llueve incesantemente sobre terroristas, sobre criminales que al mismo tiempo van a las escuelas y tienen un sentido claro de la justicia.

El presidente vuelve a su lugar en el sillón verde olivo. Aparecen en su consciencia principios con los que ha vivido desde sus tiempos de estudiante en el Politécnico Nacional: justicia, eficiencia, equidad y utilidad. Conceptos éticos y filosóficos, pero vacíos para el ejército del 68, donde prevalece el odio y el rencor racial hacia la nueva clase media, la clase educada.

En su sillón, Ernesto cruza la pierna derecha sobre su izquierda y se pregunta, en silencio: ¿quién concluirá la faena y pondrá al ejército en su lugar?, es decir: ¿en ninguna parte?

Tlatelolco 68

(fragmento)

*Nadie sabe el número exacto de los muertos,
ni siquiera los asesinos,
ni siquiera el criminal.
(Ciertamente, ya llegó a la historia
este hombre pequeño por todas partes,
incapaz de todo menos del rencor.)*

*Tlatelolco será mencionado en los años que vienen
como hoy hablamos de Río Blanco y Cananea,
pero esto fue peor,
aquí han matado al pueblo;
no eran obreros parapetados en la huelga,
eran mujeres y niños, estudiantes,
jovencitos de quince años,
una muchacha que iba al cine,
una criatura en el vientre de su madre,
todos barridos, certeramente acribillados
por la metralla del Orden y Justicia Social.*

Jaime Sabines